

# EL COMERCIO

REVISTA CIENTIFICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA.

REGALO A LOS SUSCRITORES.

PRECIO EN VENTA 0'20 DE PTA.

## SUMARIO.

TEXTO.—El Monte de Boadilla. I, por X.—A tí, por D. G. Wise.—A Gármén, por Hércules.—A ella. Soneto, por D. F. de P. Torrens.—Arqueología. Las ciudades arruinadas de la América Central. III, por X.—La nave, por D. R. Blanco Asenjo.—¡Alerta!, por D. M. O. B.—Adorant, por D. G. R.—Balada, por D. F. Barrant.—Epigramas, por D. C. Cano, D. J. Monreal y D. P. Estañóni Hernández.

GRABADO.—Cuarteto interno ó serenata de una noche en España de Attilio Bruschetti.

## EL MONTE DE BOADILLA.

### I.



un lado de Villaviciosa, donde tantas y tan hermosas casas de campo van levantando hoy las gentes ricas de Madrid, y cerca del monte de Boadilla, había una hermosa quinta propia del señor de Matallana, banquero que con una hija de diez y ocho años, y su hijo de veinte y cinco, solía ir á pasar grandes temporadas del verano huyendo del calor de Madrid, sin necesidad de perder de vista sus negocios comerciales haciendo un largo viage.

En aquella casa de campo, elegantemente amueblada, y con un hermoso terrado que daba sobre los jardines, tenía su pieza con mesa de billar, y de vez en cuando, por la proximidad de la córte, venían algunos amigos á pasar una temporada en ella.

Eugenia era una jóven encantadora que en uno de los viages que había hecho con su padre al extranjero, había contraído un afecto cambiando sus primeras miradas y sus primeras sonrisas con un jóven de la buena sociedad de Madrid, llamado Calderon. Calderon había cultivado

la amistad del banquero Matallana, y mientras estaba de temporada en su casa de campo iba frecuentemente á verle. Aumentaba esta intimidad la amistad que había contraído con Carlos de Matallana, hijo del banquero.

Hacia ya cuatro dias que permanecía en la quinta, cuando una tarde vió Calderon los preparativos que hacia Carlos para marchar á Madrid. Preguntó á éste cómo es que trataba de marcharse tan pronto. Contestóle que un maldito negocio, un pleito que debia verse en Madrid al dia siguiente, le hacia marchar, y tambien el tener que verificar un pago de ocho mil duros.

—¿Pero no podría hacerlo el dependiente de la casa que siempre os acompaña, y que es hombre seguro? dijo Calderon.

—¿Quién, don Francisco? Es la providad misma, y además está lleno de inteligencia. Yo le hubiera confiado esta mision sin temor ninguno, si desgraciadamente no fuese necesaria é indispensable mi presencia.

—¿Vuestra presencia?

—Sí; preveo ciertas dificultades que yo solo puedo levantar. Bien penoso me es tenerme que separar de vosotros por tres dias, porque á tí te tengo por el mejor amigo de toda mi familia, pero lo que me consuela es que muy pronto daré la vuelta.

—Esa es una esperanza á que yo no puedo entregarme, porque dentro de dos dias tengo que salir para Barcelona.

—¿Mañana por la tarde?

—Mi padre me envia á llamar para un negocio urgente, y lo siento, porque había venido aquí con una esperanza.

—¿Cuál?

—Amo á tu hermana. La suerte quiso que la viese con frecuencia el año pasado en el viage que hizo con tu padre á Biarritz. Allí he tenido ocasion de apreciar sus nobles cualidades, la

bondad de su corazón, la gracia de su talento, lo exacto de su juicio; y tengo orgullo, porque ya sabes que uno cree en todo aquello que desea, tengo orgullo.... repito, en que no la soy del todo indiferente. En fin, contaba yo con encargarte que hablastes á tu padre en mi nombre, á fin de que me diera una respuesta favorable, porque quisiera que ya que somos tan amigos, fuésemos todavía algo más, fuésemos hermanos.

—Debo confesarte, dijo Cárlos, que sin sorprenderme precisamente la confianza que me haces, me causa gran placer. Te prometo hablar á mi padre inmediatamente que vuelva; y si no te veo, yo te lo escribiré; pero puedes estar seguro anticipadamente de que su respuesta llenará tus deseos.

Los dos amigos diéronse las manos, y se fueron, Calderon á dar una vuelta por los jardines, y Cárlos á hablar á su padre.

Cárlos habló á su padre, que como hemos dicho era un respetable banquero de cincuenta y cinco años, y le hizo ver las ventajas que resultarían á su hermana del enlace con Calderon, ventajas que ya para sí habia calculado con prudencia nuestro banquero. El padre no le dió una respuesta decisiva, fijándose en que era necesario consultar y explorar la voluntad de Eugenia: empero dejó prever el contento que le causaba su proposición.

Entretanto el dependiente habia hecho todos los preparativos del viaje; y habiendo venido ya un criado antiguo de la casa á avisarle que estaba enganchado el carruaje, Cárlos fué á despedirse de su padre, de su amigo y de su hermana, cuando el padre le advirtió que llevaba los billetes de banco en la cartera, encargándole que cuidase de no confundirlos con los otros papeles.

—Tiene V. razon, padre: voy á ponerlos en el bolsillo en este librito de memoria.

Colocó los billetes en el libro de memoria, y se lo metió en el bolsillo izquierdo del frac. Al mismo tiempo el antiguo criado de la casa, Pedro, iba á colocar unas pistolas en el cabriolé. Al verlas Cárlos le preguntó que hacia, y habiéndole contestado éste que colocar aquellas armas, porque la noche estaba oscura y el monte de Boadilla no era muy seguro, Cárlos con alegría le mandó retirarlas.

Su padre le dijo:

—Tal vez Pedro tiene demasiada razon: tú llevas valores de consideracion contigo.

—¿Quién quiere Vd. que lo sepa, padre mio?

A menos que no sean Vds. los que vayan á emboscarse en el monte para cuando pasemos....

Y despues volviéndose á Pedro, le dijo:

—Sube esas pistolas á mi cuarto, que yo me guardaré muy bien de tocarlas. Nada hay que atraiga tanto á los ladrones como las armas.

—Eso no impide, contestó Pedro, que hayan detenido y robado el correo de Estremadura hace cuatro semanas.

Al decir esto salió, y fué á colocar la maleta en el cabriolé.

Despues de haber abrazado Cárlos á su padre, á su hermana y á su amigo, entró en el cabriolé con don Francisco, que era el dependiente de la casa, como hemos dicho, en quien todos tenian la mas grande confianza. Permanecieron el padre, la hija y el amigo en la puerta, hasta que perdieron de vista el carruaje al volver un recodo del camino. Despues se retiraron á dar un paseo por los jardines: consumieron las primeras horas de la noche en jugar al billar, y cuando ya se disponian á retirarse, porque en el campo todas las gentes se recogen temprano y madrugan mucho, oyeron el ruido de un carruaje que rodaba no léjos: oyeron despues cesar aquel ruido, y llamar violentamente á la puerta de la quinta. Ladraron los perros, y todos se alarmaron no sabiendo quien podria llamar así á semejantes horas. Parte de los criados se hallaban ya recogidos pero se levantaron inmediatamente.

Serian cerca de las doce de la noche. Eugenia llena de miedo se acercaba al lado de su padre; y Calderon trataba de tranquilizar á la jóven toda trémula, diciéndola que no habia peligro alguno, y que además allí estaba él para con-jurarlos.

Permanecieron en silencio, mientras el anciano criado Pedro, fué á la puerta para ver lo que causaba aquel ruido á hora tan desusada. Estuvieron escuchando algunos instantes cuando se presentó en la sala Pedro todo asustado.

—¿Qué hay? le preguntaron los tres con terror á la vez.

Pedro apenas podia hablar, y solo pudo decir:

—Señor..... señor.....

—Habla, pues, le dijo con viveza Matallana.

Con voz entrecortada por los suspiros, y en el mas grande desórden contestó Pedro:

—He preguntado quien era... al pronto no me han respondido, y despues, como una voz sorda que se quejase... entonces me he aventurado, y he entreabierto la puerta.

—¿Y bien?.....

—He visto..... un hombre..... tendido en el suelo.

—¡Un hombre! exclamaron los tres á un tiempo.

—Y un carruaje... creo... creo que es el cabriolé del señorito Cárlos.

—¿Y mi hijo? exclamó traspasado de dolor Matallana.

—¿Y mi hermano? dijo al mismo tiempo Eugenia.

Y los tres se lanzaron precipitadamente hácia la puerta, escepto Pedro. Pedro se apoyó contra un banco; tembló con todos sus miembros, y se le oían rechinar los dientes.

—¡Lo que yo he visto... oído... Mis ojos se turban; mis piernas no pueden sostenerme. Y se dejó caer cuan largo era en el banco.

A poco rato entraron el banquero y su amigo. Calderon trayendo á don Francisco (el dependiente) desmayado.

Traía sus vestidos en el mayor desórden, y una herida en el brazo izquierdo. Colocáronle sobre un sofá. Matallana con la mayor ansiedad esperaba el momento en que su dependiente pudiese hablar, y le repetía sin cesar:

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo! ¡Donde está mi hijo!

Eugenia hecha un mar de lágrimas aguardaba una respuesta para saber de su hermano.

Trataron de hacer volver á don Francisco de su desmayo.

—¡Que hable... una sola palabra!.... ¡Dios mio, haced que pueda hablar!

Al cabo de un rato de haberle frotado las sienes con vinagre, y de haber hecho otros remedios propios de la higiene doméstica en semejantes casos, pareció que don Francisco recobraba los sentidos y volvía en sí. Acercáronse todos con ansiedad á su lado.

—Parece que vuelve en sí, dijo el dueño de la casa. ¡Y mi hijo! respondió.

Don Francisco con una voz apagada, y levantándose, arrojó vagamente una mirada en derredor de sí.

—¡Vuestro hijo!... Hizo una gran pausa, y después pronunció con voz débil esta palabra: ¡asesinado!!!

Y volvió á dejarse caer sin sentido sobre el sofá.

El padre, la hermana y el amigo, con el mayor dolor lanzaron un grito terrible.

(Se continuará.)

## Á TÍ.

Cual cántico armonioso  
que los espacios llena,  
tu voz llega á mi oído  
y el alma me enagena.

Cual bálsamo que alivia  
heridas que atormentan  
tu amor llega hasta el alma  
para endulzar mis penas.

Cual tallo que se agita  
si el céfiro le besa,  
mi pecho se conmueve  
cuando tu pecho alienta.

Cual brillan tachonando  
el cielo, las estrellas,  
así brillan tus ojos  
y alumbran mi existencia.

Cual noche en que el espacio  
recorre la tormenta,  
así fuera mi vida  
si tú no me quisieras.

G. WISE.

## Á CÁRMEN.

Entre tu tierra y mi tierra  
mugén las olas del mar;  
si un suspiro entre su espuma  
me envías con dulce afán  
otro suspiro amoroso  
el aura te llevará.

Más, si, tu desden me anuncian  
los vientos de tempestad  
que en las playas de Mallorca  
hacen las olas bramar,  
las lágrimas que yo vierta  
en las olas á tí irán.

HÉRCULES.

Valladolid y Agosto 80.

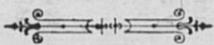


# QUARTETO INTERNO Ó SERENATA

DE

## UNA NOCHE EN ESPAÑA

DE ATTILIO BRUSCHETTI.



*all. tr.*  
Quartetto interno

*Attilio Bruschetti*

A ELLA.

SONETO.

Tu nacarada frente me enagena,  
El brillo de tus ojos me fascina,  
Y tu purpúrea boca, me alucina  
Con su eterna sonrisa de amor llena.

Tu perfumado aliento me envenena,  
Y en esa tu garganta alabastrina,  
Encuentro un no se qué, que me domina,  
Y á mi pesar, á tu alma me encadena.

Tu breve talle mi delirio acrece,  
Tu torneada mano me arrebatá,  
Y tu pié diminuto me enloquece;  
Mi amante pecho tu hermosura acata:  
Y pues tu cuerpo á un ángel se parece  
Dime, niña, ¿porqué eres tan ingrata?  
Abril 1881.

FRANCISCO DE P. TORRENS.

ARQUEOLOGÍA.

*Las ciudades arruinadas de la América Central.*

III.

Las teorías mas recientes están llenas de muchos ejemplos de hipótesis ingeniosas y de inocente credulidad. El arca de Noé se presenta como un Deus ex machina para aquellos cuyo único deseo era establecer la conformidad de la historia del hombre en América con la Biblia. Les-carbot pregunta por qué habria de experimentar dificultades Noé en llegar á América, cuando los barcos de Salomon hacian viajes que duraban tres años. Creen otros que los hijos de Noé llegaron á América por tierra, mientras que Orrio, queriendo demostrar que una pareja humana bastaria para cumplir la mision de poblar el antiguo y el nuevo mundo, nos asegura que una sola mujer, en 210 años, ha sido abuela de 1.647,026 personas.

Segun lord Kinsborough, que es partidario acérrimo de las analogías bíblicas, la tradicion mejicana del diluvio tiene algunas inequívocas de derivacion de origen hebraico. Pero segun

los trabajos de Lenormant y otros asiriólogos, la tradicion hebraica es anterior lo ménos doce siglos á la redaccion del Génesis, y los mismos asirios no la han recibido de primera mano. En cuanto permite afirmar el estado actual de la ciencia, es originaria del norte de Europa y proviene de los celtas y fineses. En fin, si tiene un origen verdaderamente histórico es probable que recuerde la época glacial á la que es seguro que asistió el hombre. Este hecho debió producirse en América, como en Europa, y nada tiene de extraño que se haya conservado el recuerdo en todo el hemisferio boreal de nuestro planeta, sin que haya habido relaciones entre los diversos testigos de esta inundacion universal.

Lo que hay de mas notable, á mi modo de ver, es que la tradicion del diluvio es completamente desconocida en Egipto y en todo el hemisferio austral. Como colorario de los mitos diluvianos, se encuentra en América, la tradicion de la construccion de una torre de refugio que ha dado pretesto á algunos soñadores para asimilar las pieles rojas con los constructores de la torre de Babel, que se dispersaron despues de la confusion de las lenguas. Ciertas fantasías no tienen límites. Lo que es permitido afirmar como muy probable es qué, á pesar de estar probado hoy que los escandinavos que figuran entre los pueblos de mitos diluvianos hayan descubierto la América del Norte en la misma época que la Irlanda, y que se vuelven á encontrar rastros ciertos de su paso por el valle del Mississipi, donde se han recogido piedras que llevan inscripciones rúnicas anteriores á su conversion al cristianismo, no han fundado allí establecimientos bastante considerables para poder modificar algun modo las tradiciones americanas y que no han dejado mas recuerdos en la memoria de los indígenas que el veneciano Nicolo Zeno que, con su barco hizo en 1830 un viaje á Inglaterra visitó Frisa y las islas Feroe, tocó en Irlanda y probablemente en la América del Norte, siguiendo la ruta bien conocida de los navegantes escandinavos.

La antigua navegacion estaba suficientemente conocida y provista de medios para llevar á América, y los barcos de cuero de los escandinavos, que remontan á la mayor antigüedad, podian hacer muy fácilmente esta travesía, que en nuestros tiempos se ha efectuado en simples canoas. Mas de un barco de los antiguos ha debido ser empujado allá por las tempestades, y sobre todo arrastrado por las corrientes del Gulf-Stream

habiendo vuelto muy pocos por no conocer el mapa general de esas corrientes. Además, los fenicios, que eran los mas atrevidos navegantes del mundo, guardaban el mas absoluto silencio sobre sus descubrimientos. Todo esto no resuelve el problema del origen de los pieles rojas. Lo que está demostrado es que han podido proceder de la Europa septentrional, lo mismo que de Asia, pero no se ha encontrado entre ellos ningún pueblo bastante navegante para llevar á cabo esta travesía, aunque el estado de civilizacion de la América central implicase una marina bien organizada, por lo ménos, como la de las islas Carolinas, si la afición á la mar no hubiera sido completamente estraña á los indígenas, escepcion de los esquimales. Así, que los pieles rojas hayan procedido de Asia ó de Europa, es lo cierto que se hallan establecidos en el suelo americano desde tan largo tiempo que se les puede considerar como *autoctones* y sin traza apreciable de parentesco con ninguna de las razas asiáticas ó europeas, actualmente existentes.

Fuerites, el cronista de Guatemala, da muy curiosos detalles sobre el pretendido origen israelita de los Toltecas, los constructores de muchos de los mas elegantes monumentos de la América central. Esas consejas y fantasías mas ó ménos divertidas, tienen su contrapeso en las hipótesis mas ó ménos frívolas que se han emitido recientemente, sin tener la excusa de un objeto religioso. La teoría célica se apoya en bases características. Pretende que el príncipe galo Mador, hijo de Owen Gwynedd, fundó una colonia en Méjico, y como prueba alega: 1.º que los mejicanos creían que sus antepasados habían ido de un sitio lejano, cuyos habitantes eran blancos; 2.º que adoraban la cruz; 3.º que se encuentran en Méjico nombres galos. En apoyo de esta asercion se comparan varios relatos en los que se quiere encontrar los vestigios de una colonia de galos. En 1840 se publicó uno de esos embustes por el *Gentleman Margarine*. Cuentan que había sido hecho prisionero por una tribu con otros cinco de sus compañeros. Cuando iba á ser degollado, se entregó á un soliloquio en su lengua natal, y se encontró con que los indios hablaban correctamente el galo, perdonándole la vida por esta circunstancia. Monsieur Jones permaneció cuatro meses con ellos y pudo predicarles tres sermones por semana en esta lengua.

En 1863, el teniente Roberts encontró en Washington un jefe indio que hablaba el galo tan correctamente como si hubiera nacido en las

inmediaciones de Snowdon. Este indio le dijo que era el lenguaje que hablaba su tribu, la de los asguaws, que conservaba la tradicion de un origen de ultramar y obedecía á una ley que prohíbe enseñar á los niños otra lengua hasta que hubieran cumplido doce años. Se citan otros ejemplos del mismo género en apoyo de las pretensiones de los escoceses y de los irlandeses de ser los antepasados los de pieles rojas, lo que es falso en tésis general, porque, á ser cierto, la existencia de una colonia célica en América, seria insignificante bajo el punto de vista de los orígenes de la masa de los pieles rojas, cuyo tipo no se ha alterado por una mezcla tan infinitesimal. No sucede lo mismo con los monumentos de Palengué y mas adelante veremos cuán difícil es explicar ciertas particularidades fuera de un contacto, por lo ménos momentáneo, con una raza europea, probablemente célica.

X.

## LA NAVE.

¡Qué rápida la nave va bogando

Sobre el azul del mar!

Un niño va en la proa contemplando  
Las costas que impaciente está anhelando  
Correr y atravesar.

Y un anciano en la popa se desvela

En medir la extension

Que la nave que el mar cortando, vuela,  
Va atras dejando en plateada estela  
Que dibuja el timon.

Siempre mirando el niño hácia adelante,

Ansioso de ver más;

Con amarga sonrisa en el semblante  
El anciano, en un éxtasis constante,  
Mirando siempre atrás.

Una nave es tambien la vida humana,

Que en rápido correr

Lleva á proa al que sueña en la mañana,  
Y á popa lleva la memoria anciana  
Que vive del ayer.

R. BLANCO ASENJO.

## ¡ALERTA!

La donzella, tota cor,  
Massa als jovenets ascolta:  
Un li deya:—¡Qué t'estim!  
L'altra li diu:—¡Qu'ests d'hermosa!

Un li demana l'amor:  
¡Quines paraules tan dolces!  
¿Que farà, que no farà?...  
Ja no dorm llargues estones.

Donzella, no hi cregues massa  
En promeses amoroses;  
Tén per cert que, de deù nou,  
Son fum que s'en va y no torna.

M. O. B.

## ADORANT.

Quant no 't veig la fosca 'm cega,  
Quant te veig la llum me roda;  
Sent la vida qui m'abrassa,  
Sent la mort qui 'm desconorta.

Quant te veig mes flors reviuén,  
Quant no 't veig mos goigs se moren;  
L'esperansa 'm vest de festa,  
La tristesa 'l cor m'endola.

Quant no 't veig mon cor s'afona,  
Y quant te veig mon cor vola;  
Si no 't tench lo mon me falta,  
Y si 't tench lo mon me sobra.

G. R.

## BALADA.

¿Sabes tú lo que dicen,  
Tristes y solas,  
Al morir en la playa  
Las turbias olas?  
Niña adorada,  
Te lo diré en secreto:  
¡No dicen nada!

FEDERICO BALART.

## EPIGRAMAS.

### SALIDA POR ENTRADA.

Al pedirle de Maria  
La blanca mano, á su tía,  
Le dijo formal Arturo  
Que diariamente *salía*  
Por un duro.

Casáronse por su mal,  
Y una contienda infernal  
Él con entrambas sostiene,  
Porque han visto que no tiene  
Ni un real.

Y aún asegura y porfia  
Salir por un duro al día,  
Y no miente el muy lagarto:  
Sale y busca, y... no hay tu tía,  
No halla un cuarto.

La decepcion padecida  
No debe extrañarles nada,  
Que eso encuentra en esta vida  
El que toma por la entrada  
La salida.

CÁRLOS CANO.

### ¡QUÉ RUBOR!

A Lucía el otro día  
en la escalera topé,  
yo, de la escalera al pié,  
y en lo más alto Lucía;  
Vió que la miré atrevido  
y al momento, con sonrojos,  
bajó Lucía los ojos,  
pero no bajó el vestido.

JULIO MONREAL.

—Vete por cebada, Antero  
dijo á su criado Juan,  
y contestó el perillan:  
—Bueno, déme usted dinero.  
—¿Pues no sabes, majadero,  
que yo tengo cuenta allí?  
Llegás y dices así:  
«dos fanegas de cebada.»  
—Pero, ¿no le digo nada?  
—Le dices que es para mí.

PEDRO ESTAÑONI HERNANDEZ.